

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Rosalinda Ulloa

## “El Foro Teatral Veracruzano, una quimera de Raúl Zermeño”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 68, abril-junio de 2024, pp. 32-36.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# El Foro Teatral Veracruzano, una quimera de Raúl Zermeño

Rosalinda Ulloa

Conocí a Raúl Zermeño en el Teatro Villaurrutia de la Ciudad de México en 1976, un espacio que entonces formaba parte de la Escuela de Arte Teatral (EAT), en donde yo estudiaba la carrera de actuación. Aquella tarde, en un par de aciagas horas libres, me colé al Villaurrutia, en donde Zermeño impartía su clase de dirección escénica.

Además de sus enormes conocimientos, Zermeño tenía una personalidad magnética; era una especie de gurú, papá, maestro, líder, revolucionario, encantador y, sobre todo, alguien muy informado: podía hablarnos de casi cualquier tema; despertaba admiración por la cantidad de citas librescas, nombres de escritores, películas, actores, directores y dramaturgos que venían a cuento en sus clases, las que siempre eran amenas y salpicadas con sentido del humor. Desde el primer momento, el maestro impactó a aquella joven estudiante que fui. Junto con un grupo de compañeros de generación formamos parte de su entorno, ganándonos el apodo de “los elegidos del

ciatura, donde los estudiantes se formarían de tiempo completo y exclusivamente para ser actores; contaría con un plan de estudios completísimo, maestros de primera línea, con una filosofía muy profunda sobre el trabajo teatral y, como cereza del pastel, en una hermosa provincia plena de arte, cafés y bohemia: Xalapa, la Atenas Veracruzana. Para nosotros, chilangos avecinados en la gran urbe de ruido, smog e incipientes ejes viales, espacio en donde éramos totalmente anónimos y estudiábamos teatro solo unas horas por la tarde después de salir de nuestros aburridos y mal pagados trabajos matutinos, esa escuela se presentó como un sueño.

**Además de sus enormes conocimientos, Zermeño tenía una personalidad magnética; era una especie de gurú, papá, maestro, líder, revolucionario, encantador y, sobre todo, alguien muy informado: podía hablarnos de casi cualquier tema; despertaba admiración por la cantidad de citas librescas...**

maestro Zermeño”. Íbamos con él al cine, al teatro, a los estrenos, a comer. Con él hacíamos cosas extravagantes: un domingo podíamos entrar a la escuela rompiendo una ventana, para cumplir con algún ensayo; y otro –solo por el lúdico placer– irrumpir en una fiesta del Casino Militar sin haber sido invitados, para cenar y bailar, ataviados con vestuario de la bodega de la escuela. En todo momento, Raúl nos instruía e ilustraba, y en esas charlas nos contó maravillas de la escuela que estaba conformando para la Universidad Veracruzana. Sería una facultad con nivel de licen-

Para la conclusión de estudios en la EAT, no dudamos en escoger a Zermeño como director para nuestra puesta en escena de graduación, y a finales de 1979 estrenamos con él la obra *Ratas, ratas, ratas* (adaptación de *El retablo del flautista*, de Jordi Teixidor), en el Teatro Orientación, con excelentes resultados. Este montaje acabó de sellar nuestra afiliación hacia la escuela zermeñista, a tal grado que, al finalizar la temporada de aquel montaje, cuatro de mis compañeros de generación e integrantes del grupo de los “elegidos”, decidieron emigrar a Xalapa para volver a hacer la carrera de teatro,



*La virgen loca, lado b (2015). Foto: Ricardo Braojos*

pero ahora en la facultad de la que Zermeño era director.

Por fortuna, don Roberto Bravo Garzón –conocido como el Caballero de las Artes– era por esos años el rector de la UV, y fue él quien propuso a Zermeño la creación de una compañía de teatro, con el fin de descentralizar la cultura y el arte hacia otras zonas universitarias. Fue así como el maestro planteó al rector la posibilidad de formar esa compañía con los seis egresados de la primera y pequeña generación de la emergente Facultad de Teatro, incluir a tres de esos “locos” recién llegados de la Ciudad de México e invitar a otros de “los elegidos del maestro Zermeño”. De esa manera nació el Foro Teatral Veracruzano (FTV).

Tuve la fortuna de ser una de esas recién egresadas, y no dudé ni un segundo en aceptar la invitación. Sabía del movimiento teatral de la UV, y formar parte de

esta nueva compañía al mando de mi gran maestro era una utopía realizada.

Zermeño había pasado una temporada estudiando cine en Polonia, lugar donde surgió su idea de formar una compañía de repertorio como del primer mundo. Pensaba en un modelo de compañía integrada por gente “formada”, en donde todos sus miembros fueran jóvenes egresados de una escuela, de manera que todos los actores manejaran el mismo lenguaje estético, tuvieran un entrenamiento constante, desempeñaran todo tipo de roles, trabajaran con directores de distintas procedencias, tendencias y estilos artísticos y, algo muy importante, que esta compañía mantuviera una estrecha vinculación con la emergente Facultad de Teatro, pero sin perder su autonomía y, menos aún, en el rubro presupuestal. Zermeño se proponía una agrupación de bús-

queda y experimentación, donde los recién egresados de esa facultad tuvieran una oportunidad de “profesionalizarse”. Recordemos que, en ese entonces, en este país los actores se formaban en las tablas, y que la aparición de instituciones de educación formal en artes escénicas era incipiente; de hecho, la Facultad de Teatro de la UV fue la primera escuela a nivel licenciatura en el país.

Y así, empezamos el viaje de crear aquel Foro Teatral Veracruzano, que originalmente trabajaría en el Puerto de Veracruz. Los que nos embarcamos y levantamos anclas rumbo a aquella primera puesta en escena fuimos 11. De la Facultad de Teatro: Guadalupe Bocanegra, *la Pupis* (+); José Luis Rivero, *Pipino*; Meztli Castro; Miriam Cházaro; Pilar Caro y Tomás Mendoza (+); por parte de la EAT: Damián Alcázar, Jesús Angulo, Rodolfo Alvarado, Alberto Salgado, *el Arcángel* (+) y





*Impro big band* (2014). Foto: Samuel Padilla

yo, Rosalinda Ulloa; y, como invitado especial, Enrique Pineda. La obra elegida fue una adaptación de *La boda* (*de los pequeños burgueses*) de Bertolt Brecht, drama confrontador y crítico sobre la hipocresía y contradicciones de la sociedad burguesa. Su estreno, en junio de 1980, fue exitoso; tuvo más de trescientas funciones con llenos totales y hubo casos, como el de la larga temporada en el Teatro de la Casa de la Paz, en la Ciudad de México, donde las filas para adquirir boletos empezaban dos horas y media antes de dar la primera llamada. Como este montaje estuvo en repertorio durante tres años, e incluso algunos compañeros salieron de la compañía, fue una de las pocas que logró el propósito de que todos los integrantes representáramos a otros personajes.

Con este proyecto fuimos invitados para dar funciones en Nicaragua, hecho importante para la trayectoria del Foro, dado que ilustraba muy bien la filosofía y ética que sustentaban al grupo. En un inicio, el proyecto se limi-

taba a dar una serie de funciones de *La boda* en Managua, en el majestuoso Teatro Rubén Darío, entre el lujo de cortinas de terciopelo, amplios camerinos y ovaciones del público, pero al término de esas presentaciones, el recién nacido gobierno sandinista nos invitó a realizar una gira por algunos campamentos milicianos, a lo largo del país. Zermeno nos informó que para ello tendríamos que viajar en camiones militares, dormir y comer en los cuarteles; en pocas palabras, tendríamos 15 días de vida militar. Sin dudar, todo el elenco aceptó el reto y, sin más, nos adentramos en una Nicaragua, recién liberada del yugo de Anastasio Somoza. Nuestro transporte fue un camión militar de redilas, destartalado, con unas tablas como asiento, y cuando lo abordamos por primera vez, un cabo tuvo a bien alertarnos de que como aún había movimiento antiguerrilla, si en algún momento escuchábamos la orden de: “¡Pecho tierra!”, no dudáramos en acostarnos todos en el centro del piso del camión.

Aquellas fueron unas funciones memorables. En contraste con el Teatro Rubén Darío, actuamos en barracas donde improvisamos el foro, las luces y la escenografía con lo poco que habíamos podido llevar con nosotros en esa expedición. El agradecimiento de los soldados era intenso y sincero. Después de cada función se sentía el fervor de esos hombres que acababan de liberar a su país de una opresión de más de cuarenta años, y una gran hermandad con México se dejaba ver en sus consignas que incluían a Zapata y a Villa. Sin duda, nos contagiaban su emoción, y al final de las presentaciones los soldados sandinistas nos agradecían entonando nuestro Himno Nacional.

Si bien es cierto que el Foro Teatral Veracruzano nació de la iniciativa de Bravo Garzón de llevar la actividad artística por el estado, la realidad centralista del teatro y de la cultura en nuestro país nos condujo a la Ciudad de México para dar mayor visibilidad a nuestro trabajo. Con *La boda* pasamos largas temporadas en la ca-

pital del país. Después sobrevino la primera escisión del Foro.

A continuación, como director invitado, llegó Luis de Tavira, quien viajó a Xalapa para comenzar el montaje de *Lances de amor y fortuna* de Calderón de la Barca. Sin embargo, después de algunos ensayos solo los fines de semana, nos propuso trasladarnos al Distrito Federal por una temporada, pues sus compromisos allá no le permitían radicarse aquí. De tal modo que, si queríamos trabajar con un director de la talla de Tavira, teníamos que aceptar mudarnos al menos el tiempo que llevara el trazo grueso de la obra. Era tanto el entusiasmo de trabajar con él (otro gurú del teatro y con una filosofía de trabajo quizá mayor a la de Zermeño), que algunos de nosotros no lo dudamos. Pupis, Miriam, Rodolfo, Lucero, Damián, Chucho, Alfredo, Alberto y yo empacamos y cambiamos de sede para trabajar con Tavira. La segunda parte de este montaje la hicimos ya en nuestra ciudad sede, el Puerto de Veracruz.

El montaje con Tavira fue uno de los más grandes aprendizajes para esa compañía, pues nos llevó a extremos de entrega actuarial de mayor compromiso. Nuestra rutina de trabajo para aquella puesta fue más o menos así: entrenamiento corporal de 6 a 9 de la mañana (danza, gimnasia, *jogging*); una hora de receso para desayunar; ensayo de 10 a 2; tres horas para comer y descansar; y por la tarde otras cuatro o cinco horas de ensayo.

Es importante destacar que, en ese tiempo, los actores del FTV teníamos unas contrataciones cuyo monto era un poco superior al de las becas-trabajo de un estudiante universitario. Más adelante, nos enteraríamos de que cuando Bravo Garzón le ofreció a Zermeño la creación de esa compañía, con plazas definitivas

para los actores, Zermeño prefirió que, antes de ser basificados, pasáramos por un año de prueba, a fin de demostrar nuestras capacidades y compromiso; se propuso evaluar primero la entrega que estábamos dispuestos a dar por nuestra agrupación y por el teatro, antes de tener la certeza laboral. Zermeño temía que el sueldo y la plaza nos “burocratizaran”, que nos rigiéramos solo por el sueldo, los privilegios sindicales, las vacaciones y el aguinaldo. Quería, en cambio, que fuera una pasión auténtica lo que nos moviera a estar en la compañía.

Va una breve anécdota que ilustra cómo para los actores del FTV lo primero era el trabajo y el grupo (incluso por encima de la necesidad básica de un sueldo para subsistir): en un momento, cuando nuestra sede era el Puerto de Veracruz, el contrato que teníamos con la UV finalizó y, no obstante las diligencias de Zermeño, el nuevo rector no terminaba de aprobar las plazas por las que habíamos sido convocados y puestos a prueba por un año. Debido a esta situación nos quedamos sin salario más de dos meses, pero aun así no dejamos de ensayar. Como era de esperarse, llegó el momento en que realmente no teníamos dinero, ya habíamos agotado nuestros escasos ahorros y los préstamos familiares. Angustiados, determinamos –sin consultarlo con el maestro– ir a Xalapa un fin de semana para hacer una protesta y exigir que se resolviera la cuestión de nuestro pago y contratos. Este hecho molestó a Zermeño, quien nos amonestó por dejar “botado” el ensayo, nos acusó (en broma) de “estar tratando de ladearle la corona” y nos mandó de regreso a Veracruz. Después nos reprendió de verdad, por haber parado los ensayos y no confiar en que él se estaba ocupando del problema.

De cualquier manera, este desacato fue eficaz, porque a la semana siguiente nos pagaron.

Mientras algunos ensayábamos con Luis de Tavira, los que no habían aceptado estar en ese montaje se abocaron a la puesta en escena de *Locura de amor*, bajo la dirección de Gustavo Torres Cuesta. Ambas obras se estrenaron en 1981. La puesta de Tavira fue recibida con mucha controversia, pero aun así duró más de cien funciones; la de Torres Cuesta tuvo una muy corta temporada.

En 1982 el Foro se sumergió en el montaje de la comedia oscura de Shakespeare *A buen fin no hay mal principio* (que titulamos *Si bien acaba, bien*), con escenografía de Félida Medina y bajo la dirección de Raúl Zermeño, quien integró de nuevo a todo el elenco del Foro. Para ese entonces nos dieron a todos unos contratos por interinato y empezamos a tener un salario decoroso; pero justo unos días antes de que se cumpliera el año de tenerlos y se confirmaran nuestras plazas, el rector en turno nos los retiró. Volvimos a una situación económicamente precaria. Al término de ese año, Zermeño decidió hacer una purga en el elenco, conforme a la entrega y disposición que los actores habíamos tenido durante todo este tiempo. Varios integrantes salieron y quedamos solo siete del elenco inicial. Fue entonces cuando el Foro se nutrió con nuevos actores y actrices recién egresados de la segunda generación de la Facultad de Teatro, apodados Los Foforitos. Esa generación había estrenado, como trabajo de titulación, *Los cabellos de Absalón* de Calderón de la Barca.

Lamentablemente, a finales de 1983 Zermeño nos anunció que el Foro iba a desaparecer, que el rector en turno no coincidía con Bravo Garzón y le había propues-



Psico/Embutidos (2014). Foto: Samuel Padilla

to que fundiera las tres compañías existentes en una sola. Zermeño aceptó y cambió el nombre a Organización Teatral de la Universidad Veracruzana (Orteuv), título que cobijaba no solo a la tradicional Compañía Titular, sino también a los talleres libres de actuación y al Festival de Teatro, que existía desde 1966, año en que lo fundaran los maestros Manuel Montoro y Billy Barclay. Esa fusión de las tres compañías provocó pérdidas lamentables, pues no todos los actores pasaron a formar parte de la Orteuv. La compañía que más integrantes perdió fue la Infantería Teatral, dirigida

por Enrique Pineda. Más adelante, nuestro Foro también tuvo bajas; algunos se retiraron *motu proprio*, no porque Zermeño los corriera, sino porque sintieron –como casi todos– una “traición” de parte de Zermeño por aceptar unir a las tres compañías. No nos cabía en la cabeza que propusiera que trabajáramos a la par de los actores de la Compañía Titular, ya que todos ellos tenían plazas, estaban sindicalizados, sus horarios de trabajo eran mucho más limitados que los nuestros, y no compartían nuestra mística. Estas desigualdades desanimaron a varios de los compañeros prove-

nientes del Foro y, para principios de 1985, algunos abandonaron la Orteuv: Damián, Chucho, Alfredo y Lucero Trejo.

La última puesta que tuvimos durante el proceso de transición entre el Foro Teatral Veracruzano y la Orteuv fue *Ratas otra vez?* (1984), una nueva versión de Zermeño de la notable puesta en escena de *Ratas, ratas, ratas*, basada en *El retablo del flautista*, de Jordi Teixidor, de la que hablé al inicio de este testimonio. La obra tuvo éxito; en ella estábamos integrados los actores de las tres compañías y, aunque solo el Foro tenía a todo su elenco en esa puesta, se empezaba a gestar la salida de los cuatro compañeros y mencionados. Es curioso cómo esa obra abrió y cerró para mí el ciclo con mi maestro Raúl Zermeño.

Raúl Zermeño emigró a Toluca en 1985, dejando a Mercedes de la Cruz la dirección de la naciente Orteuv, pero también dejando en todos los que pasamos por el Foro una huella muy honda de lo que aprendimos con él y de esos años de trabajo colectivo, que nos recuerdan que para hacer Teatro se necesita una entrega total, una ética y una mística muy profundas.

En encuentros posteriores con Chucho Angulo, Alfredo Alfonso, Damián Alcázar, Coco Miranda, Dagoberto Gama, Memo Ríos, etc., compañeros entrañables de esos años, he constatado que todos sabemos, de una u otra manera, que esa huella permanecerá indeleble. **LPyH**

**Rosalinda Ulloa** es actriz de la Orteuv, docente, psicodramatista y terapeuta Gestalt. Miembro del CA 276 uv. Coordinadora del diplomado Teatro Aplicado para la Resiliencia Común-Unitaria.